

A un año de la guerra en Kosovo: respondiendo a “Kosovo: cuestiones de magnitud” de Adam Jones

Slobodan S. Pajovic

No cabe duda de que el profesor Adam Jones en su artículo titulado “Kosovo: cuestiones de magnitud”, publicado en *ISTOR* número 1, se limita, con gran honestidad, a cuestionar sólo algunos aspectos de la compleja y trágica verdad de lo ocurrido en Kosovo. Jones reduce su hipótesis a señalar que la causa principal de toda la tragedia fue el “genocidio serbio” practicado en los Balcanes a lo largo de todo un decenio. Sobre esta base el autor llega, incluso, a lanzar una idea absolutamente inaceptable: cuestionar su postura equivale a negar el holocausto. Con esto, se cierra el espacio para el debate y el estudio de este fenómeno histórico multifacético y multifactorial.

Sin embargo, al lector se le priva de toda una serie de datos relacionados con la tragedia de Kosovo, con base en los cuales podría formarse una opinión más personal. Por lo tanto, me parece oportuno recordar al lector algunos datos fundamentales.

Kosovo es una provincia que históricamente pertenece a Serbia, y fue precisamente allí durante los siglos XI a XIV donde se formó y fortaleció la identidad nacional y religiosa de Serbia que culminó con el reinado de Dusan (siglo XIII). Se trata de la época de esplendor, de apogeo del arte y la cultura medieval serbia, cuando los monasterios se convirtieron en centros religiosos y culturales, y en la que se tradujo la Biblia del griego al serbio en el marco de las campañas de evangelización que abarcaron otros grupos sudslavos de la península. Es una provincia que siempre ha sido multiétnica, y a partir de la expansión otomana (siglo XIV) con una mayoría de origen albanés y de fe musulmana.

Recordemos también que los ataques de la OTAN contra Yugoslavia comienzan basándose en las declaraciones de la propia Alianza y de Estados Unidos, que insistían en que la crisis de Kosovo y la tragedia humanitaria obedecían a un plan serbio llamado “Operación Herradura” destinado a limpiar la provincia única y exclusivamente de la población de origen albanés. Insisto que desde la actual perspectiva esta percepción está desprovista de argumentos objetivos que avalen su veracidad.

De igual manera, opino que es necesario informar al lector de los sucesos que realmente tuvieron lugar allí, puesto que no se puede desconocer el hecho de que la situación de Kosovo antes de los bombardeos presentaba un cuadro de grandes tensiones interétnicas y religiosas. El conflicto entre la mayoría de la población de origen albanés y los aproximadamente 250 mil serbios no es nuevo, porque a lo largo de la década de los setenta y ochenta se dio allí un proceso desintegrador y desestabilizador de gran alcance a nivel yugoslavo y balcánico. Esta dinámica de conflicto culminó en 1990 cuando el Parlamento de Kosovo, compuesto en su mayoría por representantes de los albaneses, proclamó la independencia de la provincia con respecto a Serbia. A partir de entonces la crisis se profundiza y se transforma en una verdadera guerra entre el Ejército Federal Yugoslavo, la policía serbia antiterrorista y grupos paramilitares ilegales tolerados por Belgrado, que combaten al separatista Ejército de Liberación de Kosovo (UCK) y sus simpatizantes. Paradójicamente, el artículo del profesor Jones no hace ninguna referencia a las causas de este conflicto y sus distintos niveles hasta la intervención de la OTAN, y al producirse la misma, lo que obviamente recrudeció los combates. Sin mencionar esto, no se puede entender por qué hubo tantas víctimas de “edad militar” entre la población de origen albanesa pero también entre otros grupos étnicos que habitan la provincia.

Del mismo modo, cabe preguntarse por qué se decidió intervenir de esta manera contra Yugoslavia cuando por desgracia el mundo actual contempla toda una serie de problemas étnico-religiosos de igual magnitud o todavía más violentos. Por ende, citaré las palabras del historiador español Francisco Veiga, quien analizó en varios artículos los “problemas no bombardeables” de Kosovo, subrayando que el final de esta crisis traía consigo una curiosa serie de confusiones. Por ejemplo, ¿por qué el pequeño Kosovo se convierte en la “caja de

empalmes” de toda una serie de intereses geoestratégicos de gran alcance que culmina con la presencia de las grandes potencias en todas y en cada una de las repúblicas de la ex Yugoslavia? Me parece importante subrayar lo que el profesor Veiga recalca: que por vez primera las lecciones del pasado no pueden ser aplicadas en los Balcanes (Veiga, 1999).

Por cierto, las sombras provenientes de la guerra de Kosovo son múltiples, y en esta ocasión quisiera recordar las siguientes palabras del húngaro Gyorgy Konrad:¹

Ni siquiera en sus peores pesadillas hubiera soñado un húngaro volar los puentes de Novi Sad para proteger a los albanokosovares. Somos menos belicosos que los europeos occidentales, todavía no hemos alcanzado este nivel de abstracción mediática típico de las sociedades occidentales, cuyos ciudadanos pueden hacerse una idea rápida y general de un país que no conocen gracias a las informaciones escritas y televisadas (Konrad, 1999).

Como vemos, el papel de los periodistas y medios de comunicación ha tenido un impacto decisivo sobre el desarrollo del fenómeno kosovar y la interpretación de sus causas y de sus víctimas. Sin entrar a debatir la actuación de los medios occidentales en esta guerra, quisiera llamar atención del lector en que en su artículo el profesor Jones se basa fundamentalmente en información procedente de los medios occidentales, y más exactamente, de manera casi exclusiva, en fuentes anglosajonas (americanas y canadienses) y de la OTAN. De esta manera, el profesor Jones llega a responder positivamente a su pregunta ¿existió suficiente evidencia para justificar las expresiones de preocupación que en su momento se dieron, sin importar de dónde provinieran? Esto refiriéndose a las “estimaciones bélicas de kosovares asesinados”. Aquí el lector conocerá otro dilema básico que es de índole terminológica: con el uso del término “kosovar” como sinónimo de lo albanés se niega tajantemente el derecho a otras etnias no albanesas de ser habitantes de la provincia con iguales derechos. Por consiguiente, los serbios u otros grupos étnicos no son “kosovares”, y de ahí que se pueden derivar también varias conclusiones erróneas.

¹ Gyorgy Konrad, escritor húngaro y presidente de la Academia de las Artes de Berlín.

Por otro lado, esta postura nos lleva inevitablemente a preguntarnos cuáles fueron los verdaderos motivos de Estados Unidos y sus socios de la OTAN para iniciar la agresión contra un país europeo y soberano cuyo saldo final es claro:

- Se potenció la crisis de Kosovo al transformarse en una verdadera catástrofe humana con cientos de miles de refugiados albaneses y serbios que huyeron de la provincia en la que sucedían dos niveles de conflictividad: el ataque aéreo de la OTAN contra el ejército yugoslavo y la policía serbia, y la lucha entre el ejército yugoslavo, la policía serbia y los grupos paramilitares serbios contra el UCK y sus simpatizantes.
- Se produjo el éxodo masivo de los albaneses de Kosovo a la vecina Macedonia, lo que amenazó los equilibrios étnicos de este estado y con ello la estabilidad de los Balcanes.
- Se logró una destrucción incontrolable de la República Federal de Yugoslavia y la muerte de varios miles de civiles.
- Quizás el elemento más peculiar y emblemático de toda esta tragedia es que el presidente Milosevic se convierte en una especie de héroe o símbolo de resistencia contra la mayor fuerza militar jamás registrada en la historia de guerras que intentó separar de Serbia la cuna de su solar patrio al apoyar el secesionismo albanés.

En resumen, me parece importante señalar al lector que mientras se cumple el primer aniversario de esta absurda guerra, serbios, gitanos y demás minorías no-albanesas huyen ahora de la venganza de los albaneses de Kosovo. Han cambiado solamente los motivos y las víctimas pero no los métodos de limpieza étnica, ni las formas de represión o la vieja dinámica migratoria de los Balcanes. Incluso, Jiri Dienstbir, relator de la ONU para los derechos humanos en la ex Yugoslavia declara en su último informe que en Kosovo tenemos una nueva fase de limpieza étnica en un ambiente donde el poder está en manos de las mafias y estructuras ilegales del oficialmente disuelto (UCK).² ¿Será posible que esta tragedia no forme parte del conjunto trágico de la crisis de Kosovo?

² "El relator de la ONU denuncia el fracaso en Kosovo", *El Mundo*, 30 de marzo de 2000.

Consecuentemente, me permito terminar estas líneas cuestionando de modo profundo el marco analítico usado por profesor Jones, que no fue más al fondo en la búsqueda de respuestas a su principal pregunta centrada en el número de las víctimas, especialmente la de hombres en “edad militar”. Debemos estar conscientes de que en el dramático entorno histórico, de la cruel guerra civil que acontecía en Kosovo, entendido como un espacio multiétnico y pluriconfesional, la violencia engendra violencia y las víctimas no son solamente los hombres albaneses en “edad militar” que luchaban contra el ejército yugoslavo, la policía serbia y los paramilitares serbios, sino toda la población de esta provincia yugoslava y hasta cierto punto de Europa, que se ha visto incapaz de resolver un antiguo problema regional.

Desde luego que en el análisis y la reflexión sobre temas tan complejos es necesario tener mucha paciencia y serenidad para no cometer descuidos, ni mezclar la retórica nacionalista con los derechos humanos, porque esto nos podría llevar a otros desaciertos que a menudo son el resultado inconsciente de emociones que no toman en cuenta las causas verdaderas de una catástrofe humana, como indudablemente fue la de Kosovo. En otras palabras, las consecuencias de una intervención militar de carácter “humanitario” en pro de una etnia y en contra de la otra en una provincia multiétnica y en un país plurinacional son verdaderamente contradictorias y traumáticas.

Debido a esto, nuestro intento debería estar centrado en concebir varias y diferentes verdades de este precedente histórico para intentar responder las cuestiones de magnitud y no reducirlas o limitarlas sólo a un aspecto del fenómeno en consideración. ❧

FUENTES CITADAS

Konrad, Gyorgy (1999), “¿Volvemos a las emociones de 1914?”, *El País*, 13 de mayo.

Veiga, Francisco (1999), “Problemas no bombardeables”, *El País*, 11 de junio.

— (2000), “Sin noticias del pasado”, *El País*, 24 de marzo.

I

Respuesta a
Slobodan Pajovic:
“A un año de la guerra en Kosovo...”

Adam Jones

Tiene toda la razón el profesor Pajovic al afirmar atinadamente que si queremos entender los orígenes de la guerra de 1999 en Kosovo, debemos entender la historia de la región. Dudo, sin embargo que la historia antigua —como, por ejemplo, el papel de Kosovo en el surgimiento del estado serbio entre los siglos XI y XIV— tenga mucha pertinencia en la actualidad. Como ha argumentado Noel Malcolm: “no tiene sentido basar reclamaciones de pertenencia política moderna en la geografía de reinos o imperios desaparecidos mucho tiempo atrás. Esta objeción es un argumento simple, pero, algunas veces, a la gente de los Balcanes le parece conveniente ignorarla” (Malcolm, 1998, p. xxxii).

La interpretación que hace el profesor Pajovic de la historia más reciente es un tanto selectiva. La era de la crisis de Kosovo —sostiene—, comenzó en 1990, con la declaración de independencia que hizo el parlamento de Kosovo para separarse de Serbia; pero tal acto no se puede comprender sin referirse al rechazo que la asamblea serbia había hecho de la autonomía de Kosovo el año anterior, rechazo que fue seguido por la imposición de un estado policiaco serbio y una campaña de diez años de represión brutal y un “*apartheid*” antialbanés. Más de 80 mil kosovares albaneses fueron despedidos sumariamente de sus empleos en el sector público y cientos de miles más fueron obligados a abandonar el país por la violencia policiaca y el desempleo generalizado. Y no fue sino hasta el verano de 1997, después de muchos años de ese trato, cuan-

Traducción del inglés: Emilio Zamudio Vega.

do el movimiento de independencia kosovar dio origen a una fuerza militar, el Ejército de Liberación de Kosovo (ELK). La actividad de las guerrillas del ELK dio pie a una ofensiva serbia indiscriminada en 1998, cuyas secuelas fueron el desplazamiento de 250 mil kosovares albaneses, la destrucción de pueblos enteros y la muerte de cientos de civiles inocentes.

Así, Kosovo atravesaba ya una profunda crisis antes de que las bombas de la OTAN comenciarán a caer. El abrumador peso de la culpa de ese estado de cosas debe recaer en Slobodan Milosevic y su régimen, que durante todo el decenio de 1990 se valieron de Kosovo como pretexto para avivar las llamas del nacionalismo serbio y del conflicto interétnico en Yugoslavia. Finalmente, no creo que sea apropiado referirse al flujo de refugiados kosovares albaneses hacia los países vecinos en la primavera de 1999 como un “*éxodo*”; pura y llanamente, se trató de una *expulsión*, y muy poco tuvo que ver con las actividades del ELK o los bombardeos de la OTAN; antes bien, fue una operación de limpieza étnica ordenada por Milosevic y sus compinches, coordinados en el campo por comandantes militares yugoslavos y sus aliados paramilitares, y acompañados por las matanzas genocidas y la destrucción generalizada (y, a propósito, mis referencias a los kosovares albaneses en “*edad militar*” que murieron en el conflicto no aluden a aquellos “*que luchaban contra el ejército yugoslavo, policía serbia y los paramilitares serbios*”, sino a los muchos miles de *no combatientes* que fueron reunidos en redadas por los escuadrones de la muerte militares para ejecutarlos sumariamente).

El profesor Pajovic me llama la atención por confiar en parte en las fuentes de noticias “anglosajonas”; pero en ningún momento sugiere siquiera que mis afirmaciones específicas, basadas en esa cobertura o en otras fuentes, sean erróneas. A pesar de todas sus deficiencias, el periodismo estadounidense y europeo occidental (que yo mismo he criticado en muchas ocasiones) es superior en su profesionalismo y objetividad a cualquier otro tipo de periodismo del mundo. Seguramente el profesor Pajovic no me recomendaría que basara mis análisis en las fuentes rusas o chinas o en las fuentes oficiales yugoslavas, ¿o sí?

El profesor Pajovic tiene razón en subrayar que no todos los kosovares pertenecen al pueblo albanés; y yo comparto su preocupación por el destino de los refugiados serbios en el periodo subsiguiente a la guerra de 1999, pues se en-

cuentran entre los cientos de miles de víctimas serbias de las amorales e incompetentes políticas aplicadas por Milosevic durante los últimos diez años. También estoy de acuerdo con la caracterización que hace el profesor Pajovic de las complejidades de la intervención humanitaria en “una provincia pluriétnica y en un país plurinacional”; pero aunque esas y otras cuestiones importantes, entre ellas la larga historia del conflicto de Kosovo, no estaban consideradas en el alcance de mis propósitos al escribir el artículo “Kosovo: cuestiones de magnitud”, creo que las afirmaciones más delimitadas que hice en ese artículo, así como las cuestiones planteadas ahí, siguen siendo válidas. ❧